

EL
CARPINTERO
ROJO

EL
CARPINTERO
ROJO

ANDREAS KNOX

Autor:Andreas Knox

Diseño de cubierta e ilustraciones: IA Bajo la
direccion del autor.

ISBN:9789403854151

© 2026 ANDREAS KNOX

NOTA DEL AUTOR Y DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos actuales es puramente coincidental, con las excepciones señaladas a continuación.

Sobre el Contexto Histórico: Esta novela utiliza como telón de fondo eventos históricos reales, incluyendo el evento de Tunguska (1908), el desastre nuclear de Chernóbil (1986), el colapso del Observatorio de Arecibo (2020) y el conflicto en Ucrania (2022). Aunque se han realizado esfuerzos para mantener la precisión técnica en cuanto a ubicaciones geográficas y maquinaria (como el radar Duga-1 y el reactor RBMK), las causas, motivaciones y consecuencias ocultas descritas en estas páginas son enteramente especulativas y sirven únicamente a propósitos narrativos.

Sobre la Tecnología Espacial y el Proyecto «McMoon»: Se hace referencia explícita a misiones espaciales reales, como las sondas Voyager (lanzadas en 1977) y el satélite ISEE-3.

El esfuerzo civil descrito para recuperar el control de este último en 2014, operando desde un restaurante de comida rápida abandonado en el Centro de Investigación Ames de la NASA (el verdadero "Proyecto McMoon"), es un hecho histórico verídico. Sin embargo, la supuesta detección de señales anómalas por parte de estos dispositivos, así como la modificación de sus protocolos de transmisión descrita en la trama, son licencias creativas del autor y no reflejan la realidad operativa de dichas misiones.

Agradecimiento y Respeto: Las acciones atribuidas a figuras históricas o colectivos reales (como los Liquidadores de Chernóbil, los ingenieros de Arecibo, los voluntarios del ISEE-3 Reboot Project o el personal militar) han sido dramatizadas. El autor desea expresar su profundo respeto por el sacrificio real de los bomberos, ingenieros, soldados y civiles que han dedicado sus vidas a la exploración y protección de nuestro mundo. Su heroísmo no necesita adornos de ficción.

Licencia Técnica: Ciertos principios de física teórica, protocolos de criptografía y procedimientos operativos de agencias de inteligencia han sido simplificados. No intente

replicar los experimentos de resonancia
descritos en este libro.

CLASIFICACIÓN: EYES ONLY / NIVEL
MAJESTIC COPIA: 1 DE 1



PREFACIO

ARCHIVO LEGADO: 0.1

FECHA: 24 de Diciembre de 2055.

UBICACIÓN: ASENTAMIENTO "NUEVO AMANECER", REPÚBLICA DE KARELIA (ZONA NEUTRAL DEL NORTE). SUJETO: ANYA PETROVA (ALIAS "ABUELA CHASKA"). RECEPTOR: SERGEI (14 AÑOS).

—Siéntate aquí, Sergei. Donde da la luz. Mis ojos ya no son lo que eran; el Bosque Rojo se cobró su precio en mis retinas hace treinta años, y la oscuridad me cansa.

No mires así al libro. Sé que parece un ladrillo de papel sucio. Sé que en la escuela os enseñan a leer en las láminas de cristal líquido y que el papel huele a muerte para vosotros. Pero esto... esto no es una novela. No es una historia de aventuras para que te duermas.

Esto es un informe de autopsia.

Es la autopsia del mundo que existía antes de que tú nacieras. Antes de la "Gran Pausa" de

2025. Antes de que aprendiéramos a mirar al cielo con miedo y respeto.

Tú ves los generadores de fusión y los escudos de silencio que protegen la aldea y te parecen normales. No sabes lo que costó construirlos. No sabes que hubo un tiempo en que la humanidad gritaba al espacio las 24 horas del día, con radios, televisiones y radares, como un niño perdido llorando en una selva llena de tigres. Éramos ruidosos. Éramos estúpidos. Y casi nos devoran por ello.

Te llamas Sergei por una razón, hijo. Como aquel hombre que se quedó flotando en una lata de metal en el espacio mientras su país desaparecía debajo de sus pies. Él fue el último ciudadano de un imperio muerto. Tú eres ciudadano de un mundo que sobrevivió de milagro.

Lo que vas a leer en estas páginas es la verdad sobre cómo sobrevivimos. No fue gracias a los gobiernos, ni a los ejércitos. Fue gracias a un hombre que sabía escuchar el silencio y a un grupo de locos que se atrevieron a entrar en la tumba de metal de Chernóbil para apagar la luz del porche antes de que Ellos llegaran.

Su nombre era Markus Thorne. Y si hoy puedes sentarte aquí a ver la puesta de sol sin

que el cielo se abra y llueva fuego, es porque él tuvo el valor de romper el mundo para salvarlo.

Toma. Pesa, ¿verdad? La historia real siempre pesa. Abre la primera página. Vamos a volver al principio.

Lo que te enseñan es la mentira más eficiente que la humanidad ha construido jamás. Es un cortafuegos cognitivo. Nos hace víctimas de un universo indiferente, una tormenta solar aleatoria. Nos mantiene inocentes. Y la inocencia, hijo mío, es un fallo de diseño que nuestra especie perdió hace mucho, en un bosque donde los pinos aprendieron a crecer rojos y retorcidos.

Lee estos informes. Descifra los esquemas de cableado. Mira estas fotografías de grano grueso. Pero hazlo aquí, con luz de combustión, lejos de cualquier red. Porque cuando termines, cuando conectes la telemetría del diario de un topógrafo siberiano de 1908 con los registros de la Voyager, entenderás por qué tu vieja abuela pasa las noches en la terraza, envuelta en lana, mirando los espacios negros entre las estrellas.

Dentro de esta caja de metal encontrarás dos artefactos. Una bobina de cinta magnética de

polímero pesado. Ya no tiene sonido, pero si la sostienes, sentirás la estática erizando el vello de tus brazos. La otra es mi viejo dosímetro Radex. Su aguja está fundida en el tope de la escala, clavada en un número que la biología humana no debería tolerar.

Esta es la historia del Pacto Rojo.

Cuídala. Y cuando yo sea solo ceniza en una urna de plomo, decide si el mundo está listo para saber que, en la noche más larga, le gritamos al abismo.

— Anya Petrova.



PRÓLOGO

EL ECO

ARCHIVO 0.2 - PUNTO CERO

FECHA: 30 DE JUNIO DE 1908

UBICACIÓN: RÍO TUNGUSKA PEDREGOSO,
SIBERIA. HORA: 07:14 (TIEMPO LOCAL)

El silencio no existía.

Eso fue el primer dato que el cerebro de Ilya procesó al reiniciar. No era la ausencia de sonido; era una presión negativa, un vacío acústico tan denso que parecía aspirar el aire de sus conductos auditivos.

Ilya Stepanov, topógrafo de la Academia Imperial, estaba boca abajo, con la mitad de la cara sumergida en un barro que ya no era barro. Era una pasta vitrificada, caliente y negra, una sustancia que chirriaba entre sus dientes como arena de sílice fundida. El aire sobre él tenía textura. Olía a ozono concentrado —ese olor metálico y picante de las salas de generadores industriales— mezclado con la dulzura repugnante de miles de pinos vaporizados instantáneamente. Resina y ceniza. Y por debajo, un olor más profundo: el de la atmósfera rasgada, como el de un neón roto pero a escala planetaria.

Intentó moverse. Su sistema vestibular falló. El mundo dio un vuelco de noventa grados. Con un gemido húmedo, se arrastró sobre los codos. Le dolían los dientes. No las encías, sino la pulpa nerviosa dentro de los dientes, vibrando en una frecuencia simpática con algo que estaba ocurriendo en el suelo.

Miró a su alrededor. Su mente analítica, entrenada para la triangulación y la lógica, buscó referencias. No encontró ninguna.

La taiga había sido borrada. Millones de árboles, centinelas de madera que habían estado allí desde antes de los Romanov, yacían aplastados en un patrón radial obscenamente

perfecto. No había caos. Había geometría. Todos los troncos apuntaban hacia fuera, alejándose de un epicentro invisible, pelados de sus ramas y cortezas como si hubieran sido pasados por un torno gigante. No había fuego rugiente, solo columnas de vapor espesas que se elevaban de la madera cocida por una onda de calor tan rápida que había consumido el oxígeno antes de poder encender una llama.

Ilya se quitó el guante destrozado. Su mano estaba roja, la piel tirante como si se hubiera quemado con agua hirviendo. Tocó el suelo.

No estaba quieto. Tac. Tac. Tac.

Una percusión mecánica subía desde el manto terrestre. Diez golpes por segundo. 10 Hz. Infrasonido. Ilya sintió náuseas inmediatas; sus globos oculares empezaron a vibrar en sus cuencas, creando manchas grises fantasmales en su visión periférica. Era el sonido de un corazón planetario, pero uno hecho de hierro forjado en una fundición que no obedecía a nuestras leyes. Era un ritmo que el cuerpo humano rechazaba instintivamente, una frecuencia de depredador, de terremoto inminente.

Se puso de pie, tambaleándose como un borracho. Su teodolito alemán yacía cerca,

convertido en arte abstracto de latón retorcido. Lo ignoró. Caminó hacia el centro del claro, hacia la Zona Cero.

No había cráter de impacto. No había meteorito. Solo había densidad.

En el centro exacto, el aire ondulaba como aceite sobre agua. La luz del amanecer se curvaba, rehusando viajar en línea recta. Y allí, semienterrado en el polvo de cristal negro, algo pulsaba.

Cayó de rodillas, con la bilis subiéndole por la garganta debido a la vibración sónica. Era un fragmento de mineral, apenas del tamaño de un puño. No reflejaba la luz; la estrangulaba. Parecía cristal, pero sus aristas desafiaban la perspectiva. Si Ilya intentaba enfocar un borde, su ojo resbalaba; el objeto parecía tener más profundidad interna que volumen externo. Geometría no euclidiana. Dolía mirarlo. Físicamente. Una punzada aguda detrás del lóbulo frontal, como si el cerebro intentara y fallara al renderizar un polígono maldito.

Lo tocó. El frío fue absoluto. Un choque térmico que le puso los dedos azules al instante, quemando por congelación en medio

del verano siberiano. Y entonces, la transmisión comenzó.

No fue un sonido. Fue una inyección de datos directa al córtex. Una aguja de hielo luminoso insertada en el surco temporal superior.

...-- .---- ...-- .----

Una secuencia matemática. Un patrón binario de presión y ausencia. Se repetía en un bucle cerrado, taladrando la sinapsis. Treinta y uno. Pausa. Treinta y uno. Era un número primo. Una llave. O un diagnóstico.

Ilya gritó, pero no se oyó a sí mismo. Sacó su libreta con manos espasmódicas. El lápiz se partió. Con la uña, con sangre, rasgó el papel. Empezó a anotar puntos y rayas, poseído por una urgencia que anulaba el dolor. Su nariz empezó a sangrar, gotas espesas y oscuras cayendo sobre las notas. No eran simples manchas. Donde caía la sangre sobre el papel vitrificado del suelo, hervía y se evaporaba en un susurro ácido.

Tac-tac-tac. La señal de 10 Hz aumentó su intensidad. Los capilares de sus ojos estallaron, tiñendo su visión de rojo. —No es natural—susurró, con la boca llena de sangre y un sabor a pila eléctrica—. Es arquitectura. Alguien... o algo... está clavando una viga de soporte.

La secuencia terminó. El fragmento se volvió inerte, solo una piedra fría. Pero el daño estaba hecho. Ilya miró lo que había escrito. Una ecuación incompleta. Un saludo. Y una advertencia implícita en la sintaxis: la repetición no era un eco. Era un temporizador. Una cuenta regresiva.

Intentó ponerse de pie, pero sus piernas no respondieron. Se desplomó de costado, convulsionando mientras su cerebro intentaba procesar una sintaxis para la que no había evolucionado. Sus últimos pensamientos coherentes fueron de topografía: había cartografiado el vacío entre dos montañas. Ahora ese vacío lo había cartografiado a él, y había encontrado un error de diseño. Mientras la oscuridad se lo llevaba, vio figuras a caballo en el borde del claro. Soldados. Máscaras de gas primitivas. El Zar ya sabía que algo caería. Uno de ellos llevaba una caja de plomo forrada de fieltro. No venían a rescatar. Venían a contener.

Ilya Stepanov cerró los ojos, no por sueño, sino porque mantenerlos abiertos y ver aquella geometría imposible le provocaba un dolor insoportable. Había sido el primer humano en escuchar el teléfono sonar. Y el precio de contestar había sido su cordura.



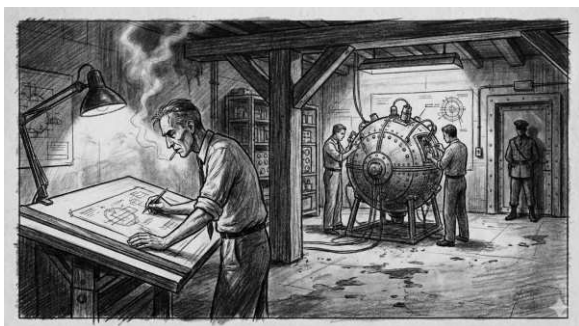
© Servicio Turístico T19201

PRELUDIO

LOS ARQUITECTOS (1945-1976)



Plataforma: TON (by TON)



CAPITULO 1

ARCHIVO 0.3

"EL SUSURRO DE TRINITY"

FECHA: 16 de julio de 1945, 05:29:45 (Hora Local) / y días posteriores.

UBICACIÓN: Sitio de Prueba Trinity, Desierto de Jornada del Muerto, Nuevo México. Posteriormente, Laboratorios Secretos, Oak Ridge, Tennessee.

NARRADOR: Dr. Aris Thorne (Físico Teórico, Proyecto Manhattan. Abuelo de Markus Thorne).

El relámpago vino de la tierra. Fue lo primero que pensé. Una grieta en el suelo del mundo, vomitando un sol en miniatura. La onda de calor me golpeó la cara a través de los vidrios de soldador, un puñetazo húmedo y seco a la vez. El hongo se elevó, sucio, glorioso, terrible. Contuve la respiración. Habíamos abierto la caja de Pandora con un martillo hidráulico.

Pero la anomalía no estaba en la luz. Ni en el calor. Estaba en los sismógrafos.

Eran máquinas simples, robustas, enterradas a kilómetros de distancia para medir el poder del bebé. Cuando las recuperamos horas después, las agujas habían trazado la curva esperada: un pico violento, luego una caída. Pero luego, justo cuando la línea se estabilizaba en el temblor residual... latía.

Un segundo pico. Más débil. Perfectamente espaciado. 4.8 segundos después del inicial. No era un eco sísmico. Los ecos son caóticos, se dispersan. Esto era limpio. Un reflejo. Como si el golpe hubiera tocado un diapasón gigantesco enterrado en el manto, y este hubiera respondido con una nota propia.

—Oscilación armónica de la capa basáltica — dijo Oppenheimer, con los ojos vacíos, ya

habitado por su propio Bhagavad Gita privado. Quería que fuera geología. Yo también.

Hasta que conseguí los datos del magnetómetro de la Fuerza Aérea, tomados desde un B-29 a gran altitud. El pulso electromagnético de la bomba fue brutal, predecible. Pero treinta minutos después, cuando la ionosfera debería haber sido un caos amortiguado, apareció un patrón. Un tren de pulsos de radio de banda ultrabaja. No era aleatorio. Era binario. Puntos y rayas. ... -- .---- ...-- .----. La misma secuencia maldita que encontraría décadas después en los informes de Tunguska, que mi propio nieto Markus rastrearía hasta el suicidio.

Envié un memorándum. Clasificación: “Urgente – Fenómeno Secundario No Clasificado”. Me citaron en una sala sin ventanas en Oak Ridge. Había dos hombres. Uno de la Inteligencia Militar. Otro, un psiquiatra de uniforme.

—Doctor Thorne —dijo el primero, pasando las páginas de mi informe sin mirarlas—. Usted sugiere que la fisión nuclear, además de liberar energía atómica, podría... sintonizar con algo. ¿Algo exterior?

—Los datos sugieren una respuesta resonante en el campo geomagnético —dije,

manteniendo la voz fría—. Como si hubiéramos golpeado un cristal muy, muy grande.

—O como si hubiéramos llamado a una puerta —dijo el psiquiatra, sonriendo. Era una sonrisa de hielo—. ¿Ha experimentado pesadillas, doctor? ¿Sensación de ser observado? Zumbidos en los oídos al anochecer?

Me desacreditaron. No directamente. Reasignaron mi investigación a la “mitigación de efectos secundarios atmosféricos”. Mis datos “crudos” desaparecieron del archivo, reemplazados por versiones “depuradas” donde el segundo latido sísmico era una falla instrumental y la señal de radio, interferencia de un transmisor de la Armada. El mundo aprendió que habíamos domado el átomo. Un puñado de nosotros aprendimos algo más: que al hacerlo, habíamos hecho ruido en una frecuencia a la que algo podía ser sensible. No éramos dioses. Éramos niños gritando en una biblioteca oscura. Y algo, en la estantería más alta, había vuelto la cabeza.

(Nota adjunta en letra temblorosa, fechada en 1960): Markus, si alguna vez lees esto, no sigas mi camino. Es una carga que oxida el alma.

FIN DEL CAPITULO 1



CAPITULO 2

ARCHIVO o.4

"LA CONFERENCIA DEL SILENCIO"

FECHA: 18 de noviembre de 1961.

UBICACIÓN: Apartamento seguro, distrito de Alsergrund, Viena. Una habitación sobre una cafetería que huele a col hervida.

PRESENTES: Coronel Grigori Volkov (GRU, Departamento de Ciencias Aplicadas) y "Cisne" (Identidad real: Silas Mercer, NSA, División de Fenómenos de Señales).

TRANSCRIPCIÓN PARCIAL, RECUPERADA DE MICRÓFONO OCULTO.

CISNE: (Sonido de hielo en un vaso) El informe de Tunguska de su Academia de Ciencias de 1927. La descripción de la “piedra fría” por el topógrafo Stepanov. Tenemos una copia. No es geología.

VOLKOV: (Una tos seca) Y su Proyecto Magnet. Los vuelos de alto altitud sobre el Ártico en los 50. Grabando “ruido cósmico”. No estaban buscando auroras, Mercer.

CISNE: Silas. Aquí podemos usar nombres. Porque fuera de esta habitación, este encuentro no existe. La Bahía de Cochinos fue un fiasco. Los misiles en Turquía y Cuba... son juguetes. Esto es mayor. Su gente en Krasnoyarsk, la nuestra en Groton... han triangulado la fuente. No es solar.

VOLKOV: Es local. Dentro del sistema. Una señal de ocupado en la línea telefónica del cosmos. Lleva aquí... décadas. Siglos, quizás. Desde 1908.

CISNE: Desde antes. Nuestros geólogos tienen muestras de capas de hielo en Groenlandia. Picos de iridio y carbono vítreo en ciclos irregulares. 31.000 años atrás, aproximadamente. Luego 12.700. Luego 1908. Es un... sondeo periódico.

VOLKOV: ¿Un sondeo?

CISNE: Como un radar. Pero en lugar de ondas de radio, usa impactos de materia exótica. O algo que se manifiesta como tal. Golpea, escucha el eco. Mide la respuesta. En

1908, la respuesta fue débil. Bosques, tribus nómadas. Ruido de fondo. En 1945, en Trinity... la respuesta fue diferente. Fue organizada. Fue un grito tecnológico.

VOLKOV: (Una larga pausa. El sonido de un encendedor Zippo) ¿Y su conclusión, Silas?

CISNE: Que somos bacterias en una placa de Petri que acabamos de descubrir el fuego. Y el técnico del laboratorio ha notado el brillo. La “Tormenta Solar” de la que hablan sus políticos y los míos... es una mentira útil. Pero necesitamos una mentira mejor. Una arquitectura.

VOLKOV: La Disuasión Mutua Asegurada. Pero no entre nosotros.

CISNE: Entre nosotros y eso. Construimos un escudo. Un espejo. Su Duga... es más que un radar de alerta temprana, ¿verdad? Y nuestro sistema en Groton... es más que un telégrafo submarino. Son amortiguadores. Si la señal vuelve a golpear, no debe encontrarnos desnudos. Debe encontrar un espejismo. Un eco controlado que diga “aquí no hay nada interesante”.

VOLKOV: Una cuarentena autoimpuesta.

CISNE: Una “Dark Forest”, Grigori. Nos agachamos, apagamos la linterna y rezamos para que el depredador pase de largo. Pero para eso, necesitamos coordinación. Un pacto. Por debajo de todo. Por encima de los gobiernos.

VOLKOV: (Sonido de un vaso siendo apoyado con fuerza) Mi gobierno no pacta.

CISNE: Su humanidad sí. O lo hace. Mire por la ventana. Esa gente, tomando su café, yendo al trabajo... ¿querría saber esto? ¿Podría vivir con ello? O se matarían entre ellos en una semana, creyendo que el fin está cerca. Nosotros somos los adultos en la habitación. Los que limpiamos el monstruo debajo de la cama para que los niños duerman.

VOLKOV: Somos los que nos quedamos en la oscuridad, mirando al monstruo a los ojos.

CISNE: Esa es nuestra carga. ¿Acepta?

(Pausa de 12 segundos. Sonido de tráfico lejano.)

VOLKOV: Da me tu mano. No como representantes. Como hombres.

(Sonido de un apretón de manos. Tenso, firme.)

CISNE: El “Pacto Rojo” queda sellado. Rojo por la sangre que costará. Rojo por la bandera que ambos hemos traicionado. Comunicaremos a través del canal “Carpintero”. Código de autenticación: la secuencia. Treinta y uno.

VOLKOV: Treinta y uno. Ahora, destruyamos esta cinta.

(NOTA DEL TRANSCRIPTOR - AÑADIDA POSTERIORMENTE): Este es el acta de nacimiento de nuestra condena. Dos hombres